

Criados, estructura económica y social y mercado de trabajo en la Galicia rural a finales del Antiguo Régimen

Isidro Dubert

1. LOS MERCADOS DE TRABAJO DE LOS CRIADOS RURALES

La estrecha vinculación entre la existencia de criados y la evolución de las economías familiares llevó en su día a algunos investigadores a estudiar su papel en la formación y desarrollo de los mercados de trabajo rurales de la Europa preindustrial (Kusssmaul, 1981; Knotter, 1994). No obstante, estos mercados de trabajo se caracterizaron por su muy distinta naturaleza, articulación interna y funcionamiento, incluso dentro de cada país, pesando en ello factores como el grado de urbanización del territorio o el predominio de una u otra estructura agrícola.

Los rasgos básicos del mercado de trabajo de los criados en la Galicia rural a finales del Antiguo Régimen vienen determinados por el contexto socioproductivo imperante. Un mundo donde el protagonismo correspondía al pequeño campesinado, que ejercía una agricultura de subsistencia que solía necesitar de actividades complementarias o de la emigración estacional para garantizar su supervivencia (Saavedra y Villares, 1985: 452 y ss.). De este mundo surgen los criados rurales; la demanda de su trabajo procedía de las necesidades domésticas y laborales de una minoría social, beneficiaria directa y exclusiva de las relaciones sociales y económicas que prevalecían en la sociedad gallega. De este mercado de trabajo poco o nada se sabe en Galicia: ni su localización espacial ni las causas que lo determinaron. Por esto carecería de sentido lanzarse a la realización de monografías sobre el papel de los criados en las economías familiares, su movilidad geográfica o sus niveles salariales, sin saber antes dónde y por qué hubo

Fecha de recepción del original: Junio de 2004. Versión definitiva: Febrero de 2005.

■ *Isidro Dubert es profesor titular de Historia Moderna de la Universidade de Santiago de Compostela. Dirección para correspondencia: Departamento de Historia Medieval y Moderna, Facultade de Xeografía, Arte e Historia, Praza da Universidade, 1; 15782-Santiago de Compostela. hmdubert@usc.es*

una mayor o menor concentración de criados o qué factores incidieron en la segmentación de sus mercados de trabajo. Más aún cuando estos dos fenómenos habrían condicionado dichos niveles salariales o la jerarquía laboral del oficio. En consecuencia, abordarlos en esta investigación está más que justificado, en particular si se piensa que los resultados deberán ser el punto de partida de posteriores estudios sobre los criados rurales gallegos.

Para este estudio nos hemos servido del Catastro de Ensenada, sobre el que se ha llevado a cabo un muestreo aleatorio y sistemático al 8% de las más de 3.600 feligresías rurales que había en la Galicia de 1752. También se ha contado con las referencias profesionales presentes en las cerca de 3.440 parroquias consignadas en el Censo de Floridablanca de 1787. No vamos a entretenernos en los serios problemas metodológicos que entraña la explotación de ambas fuentes para los fines propuestos, ni en el método seguido para homogeneizar informaciones de distinto tipo sobre los más de 30.000 km² de la geografía gallega, tratados por otros autores (Vilar, 1987: 38 y ss.; Chacón, 1992: 25 y ss.; Dubert, 1992a: 15 y ss.). Más interesante parece advertir de las dificultades para averiguar a través de ambos recuentos quiénes eran o qué hacían nuestros criados. El Catastro de Ensenada y el Censo de Floridablanca informan en desigual manera acerca de su sexo, estado civil y edad. Para establecer su personalidad social o la naturaleza de sus tareas debemos acudir a otras fuentes: testamentos, actas de consistorios, documentación institucional o pleitos. Un corpus documental en cuya elaboración sistemática estamos ocupados en la actualidad, por lo que a la hora de hacernos con una idea del universo laboral de nuestros sirvientes habrá que contentarse con un avance de los resultados obtenidos.

La entrada en el servicio se producía desde los sectores más desposeídos de la sociedad rural apenas llegaba la adolescencia. La contratación tenía lugar por un período de un año, merced a un contrato verbal que se renovaba de forma automática hasta que una de las partes se decidía a ponerle fin. El pago del salario rara vez se hacía íntegramente en metálico, y no se actualizaba durante el tiempo que duraba el servicio. A su término se descontaban los llamados gastos extraordinarios, como atenciones médicas o adelantos monetarios (Dubert, 1992a: 75 y ss.). Un buen ejemplo es la declaración que en 1752 realizó Antonio de Ribera, labrador y vecino de la parroquia ourensana de Desteríz, al reconocer que tenía una criada a la que pagaba 44 reales al año y una comida diaria. Por las mismas fechas Jacinto González, labrador y vecino de la de Vilamarín, también en la provincia de Ourense, afirmaba dar a la suya 55 reales anuales, y a su criado menor diferentes partidas de ropa y alimentos a modo de soldada. En el otro extremo de Galicia, en la comarca coruñesa del Xallas, los criados solían trabajar por el calzado, el vestido y 12 ferrados de trigo anuales¹. Se entiende que sea difícil reconstruir las series salariales de los criados rurales al término del Antiguo Régimen, con lo que tendremos que conformarnos con las escasas referencias que aparecen en el Catastro de Ensenada relativas al desembolso de soldadas en metálico. Por esta fuente sabemos

¹ Respectivamente Archivo Histórico Provincial de Ourense (A.H.P.O.), *Serie Catastro de Ensenada*, legajos 622 y 3472, y BARREIRO, 1977: 460.

que en las feligresías coruñesas de Santa María de Xuno, San Martín de Ermedelo y Erbogo, los criados de los labradores percibían respectivamente por término medio 114, 124 y 150 reales anuales, es decir, y siempre en el mejor de los casos, menos de medio real al día, lo cual significa que su jornal diario era de siete a diez veces inferior a la ganancia que los oficiales del Catastro atribuían al trabajo diario de sus amos. Más al sudoeste, en las mencionadas parroquias ourensanas de Desteríz y Vilamarín, los jóvenes criados de ambos sexos apenas obtenían 50 reales cada año, de lo que se deduce que sus condiciones de vida no podían compararse a las de los labriegos de la zona, a quienes se tasaban 3 reales al día de ganancia². De estas diferencias regionales no cabe extraer, sin embargo, conclusión alguna, ya que el salario de los criados variaba en función del sexo, la edad, las tareas asignadas o la posición social del amo. Prueba de ello es que en la mencionada parroquia de Santa María Xuno, el clero secular pagaba a sus criados unas soldadas un 18% superiores a las que pagaban los labradores a los suyos, aunque esto, en términos reales, no garantizaba una remuneración salarial muy superior, aunque es posible que sí unas mejores condiciones de vida.

La pobreza y el origen humilde de los criados se hacía patente de manera especial entre las mujeres. La combinación de condición femenina y carencia de medios, las magras ganancias que les reportaba el oficio, las escasas expectativas de futuro que éste ofrecía y la baja posición que como criadas ocupaban en la escala social, contribuyen a explicarnos sus largas permanencias en los hogares para los que trabajaban. Según los pleitos vistos ante las autoridades diocesanas del obispado de Lugo, durante el siglo XVIII las criadas de la Galicia interior permanecían con el mismo amo una media de 11 años seguidos. Y en los testamentos del clero, la hidalguía rural y los sectores más acomodados del campesinado de distintas comarcas gallegas se encuentran mandas reconociendo los jornales adeudados a criadas que habían servido en la misma casa más de 11 años (Dubert, 1992a: 75). De ello cabe deducir que para una mayoría de ellas el servicio no constituía tanto una etapa de su vida que desembocaba en el matrimonio o en otro oficio, sino una forma permanente de vida. Su abandono no era fácil, puesto que su escasa remuneración no les permitía hacerse con una dote lo bastante atractiva como para ser tomadas en consideración en los mercados nupciales locales. El grueso de nuestras criadas se veía inmersa en una situación semejante a la de otras sociedades rurales de la Europa meridional, lejos por tanto de lo que sucedía en el norte y noroeste europeo (da Molin, 1990: 521 y ss.; Simonton, 1998: 99 y ss). Se explica entonces que una de las maneras de llegar al tan deseado enlace pasase por ceder a las pretensiones sexuales de sus pretendientes, a cambio de una promesa de matrimonio que no siempre se cumplía. Esto llevó a Paula Pallares, «moza de cántaro» en casa de Andrés López y vecina de San Bartolomé de Brantega, a buscar el amparo de las autoridades eclesiásticas de Lugo en 1726, una vez que estando preñada se vio burlada por la negativa del hijo de su amo a cumplir con la palabra dada³.

² Respectivamente, Archivo Histórico del Reino de Galicia, *Serie Catastro de Ensenada*, legajos 1409, 1346 y 1352; A.H.P.O., legajos 622 y 3472.

³ Archivo Histórico Diocesano de Lugo (A.H.D.L.), *Expedientes matrimoniales*, Arciprestazgo de Abeancos, mazo 1, nº 11.

La situación de los varones era bien diferente. Según los expedientes judiciales, una parte importante de los criados no estaba más de 3-4 años en un mismo hogar, lo que supone que tenían una gran facilidad para tomar y dejar empleos. Francisco del Real, natural de San Miguel de Orbazai, declara en 1784 tener 26 años y ser criado de labranza, y haber ejercido el oficio desde agosto de 1782 en la feligresía de Santo Tomé de Felpos, a unos 22 km en línea recta de la de Orbazai; a partir de agosto de 1783, en casa del cura de San Xoan de Outeiro de Rei, don José Roa, a unos 40 km en línea recta de Felpos y a unos 12 de Orbazai. En febrero de 1784 sale a trabajar a los campos de Castilla, regresando a Orbazai en septiembre de ese año, lugar que abandona en octubre para recorrer los 18 km que le separan de San Xulián de Mos, donde vive su nuevo amo⁴. Exceptuando su viaje a Castilla, Francisco del Real se movió en un radio de 20-25 km de su feligresía de origen, una distancia semejante a la que los criados europeos recorrían en sus desplazamientos (Kussmaul, 1981: 57; Orr, 1984: 38 y ss.) y que parece también norma en aquellas zonas de Galicia con una relativa abundancia de criados. Se entienden así manifestaciones como las realizadas por Manuel Fernández, vecino de San Xoan da Lama, en la actual provincia de Lugo, en 1822, cuando afirmaba haber estado en años anteriores ausente «por temporadas» en los campos de Castilla, «y sirviendo de criado en otras parroquias de las inmediaciones de la de la Lama»⁵.

Estos periplos laborales se desarrollaban conforme a un ritmo definido por el calendario agrícola. Permitían a los criados hacerse con el conocimiento de una gran variedad de técnicas agrícolas, las cuales contribuirían a incrementar su cualificación y con ello su cotización salarial en los mercados de trabajo locales, un comportamiento común al de otros criados rurales europeos de la época (Moriceau, 1994: 322; Laslett, 1988: 347; Kussmaul, 1981: 4; Berkner, 1977: 411). Al lado de estos criados itinerantes estaban los que permanecían larguísimos períodos de tiempo sirviendo a un mismo amo. Un caso extremo es el de Diego Sánchez Somoza, quien en 1701 reconocía haber sido criado de labranza del licenciado don Bernardo López de Cangas, cura párroco de San Xoan de Brence, durante treinta años seguidos, ocupándose en ese tiempo de arar, labrar y sembrar la tierra, de ir al monte a por leña y estiércol, de componer y hacer arados, de ayudar a poner carros para arar, de correr con el manejo del trigo y más granos, de acudir a las vendimias, de «acarretar» vino a la bodega, etc⁶.

La posibilidad de dejar el oficio no solía desembocar en el ejercicio de una profesión diferente, sino en la inclusión del antiguo criado entre los sectores más pobres del campesinado. En adelante tendría que vivir del pequeño lote de tierra al que accedía a través de la contratación de un foro o un arriendo, de unas pocas ovejas, cabras y un cerdo, del aprovechamiento de las zonas comunes de monte, de los réditos de una emigración estacional o temporal a los reinos de Castilla, Portugal o Andalucía, del ejercicio de las más variadas actividades complementarias o del sistema de entreayudas vecinal (Barreiro, 1977: 516 y ss.; Pérez García, 1979: 362 y 395 y ss.; Cardesín, 1992: 135 y ss.; Rey Castelao, 1994: 105 y ss.; Sobrado, 2001 a: 191 y ss.). Ante esto, todo apunta a

⁴ A.H.D.L., *Fondo de Pleitos Civiles*, Aguiar, m. 5, 24.

⁵ A.H.D.L., *Expedientes matrimoniales*, Arciprestazgo de Valle Pedroso, mazo 2, 15.

⁶ A.H.D.L., *Fondo de Pleitos Civiles*, Santalla, m. 1, 2.

que en el mundo rural gallego no hubo, *sensu strictu*, un *life-cycle servant* al estilo anglosajón. La realidad parece haber sido diferente a la de los países del norte y noroeste europeo, en los cuales predominaba una agricultura que poco tenía que ver con la de subsistencia y donde la influencia de lo urbano se dejaba sentir con una relativa fuerza.

Las tareas desempeñadas por los criados en los hogares rurales eran diferentes según los sexos. Había una primera asignación y definición de roles laborales entre mujeres y hombres, mediatizada por la riqueza de la casa, el tamaño de las haciendas y los patrones locales de cultivo. Una criada no desempeñaba el mismo papel en el hogar de un hidalgo que en el de un labrador. Ni en el hogar de un labrador que vivía en el sudoeste o en el interior gallego. Entre los criados del clero y la hidalguía rural la jerarquía interna femenina se concretaba en su cúspide en el «ama mayor», cuya misión era la de «correr con las llaves y gobierno de la casa». Esto suponía que en ausencia de criados debía velar por la cosecha y el recaudo de los frutos, además de disponer la lista de ocupaciones diarias de las «criadas de servicio», las «criadas de cocina» o las «mozas de huerta». Ahora bien, si había criados varones, la autoridad del mayordomo se imponía a todas ellas, ya que sobre él pasaba a recaer la administración y gestión de la hacienda. En la jerarquía masculina venían luego los pajes, los «criados de casa», los «criados de labranza» y los pastores. Este cuadro se simplifica a medida que descendemos en la escala social de los empleadores, por lo que la naturaleza del trabajo desempeñado por los criados asume unas connotaciones diferentes en el mundo campesino⁷. Baste decir que el 80% de los hogares de los labradores que tenían criados tenían uno solo, en dos de cada tres ocasiones mujer, cuyas tareas se situaban a medio camino entre las de una criada de servicio y las de un criado de labranza. Esbozado el trasfondo sobre el cual desarrollaban sus labores los criados rurales, se estudiarán a continuación la localización espacial de sus mercados de trabajo en la Galicia de finales del siglo XVIII, la naturaleza de las tareas que realizaban en los hogares y su jerarquía interna.

2. CRIADOS RURALES Y ESTRUCTURA DE LA PROPIEDAD DE LA TIERRA

En la segunda mitad del siglo XVIII apenas el 3-4% de los habitantes de la Galicia rural eran criados (1752: 4%, 1787: 3%), lo que significa que estaban presentes en el 12% de los hogares gallegos. Estas cifras son muy distintas a las obtenidas en Inglaterra entre 1750 y 1821, cuando se ocupaba como criado el 11% de su población, trabajando en el 27% de los hogares (Wall, 1979: 94). Nada parece aconsejar pues un estudio sobre los mercados de trabajo de los criados rurales gallegos; poca importancia tendría el relativo predominio de las criadas (1752: 55% del total); que el 99% de los criados de ambos sexos fuesen solteros, o que su porcentaje al total de la población en 1787 fuese muy semejante al de otras zonas del cantábrico, caso de Asturias o la mitad norte de la actual provincia de Santander.

⁷ Algunos ejemplos en A.H.D.L., *Fondo de Pleitos Civiles*, Abeancos, m. 8, 10; Cotos, m. 7, 11; Chantada, m. 7, 2.

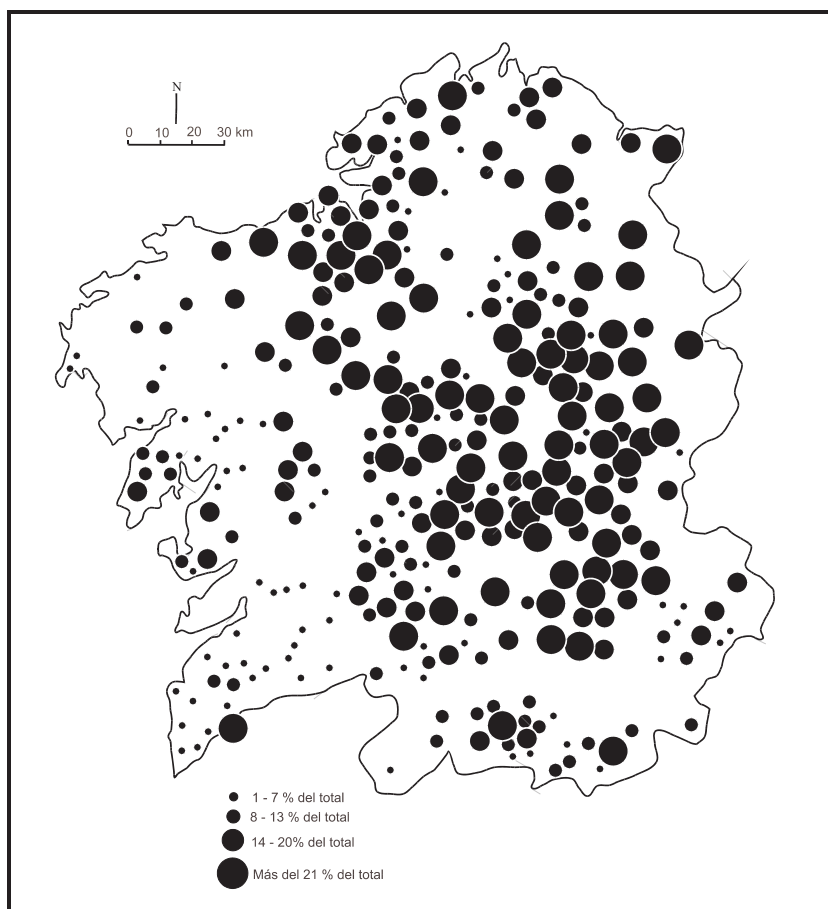
Pero todo cambia si partimos del supuesto de que los criados solían trabajar como tales sólo durante una etapa de su vida, es decir, que en la Galicia de la época se practicaba un *life-cycle service* al estilo anglosajón (Dubert, 1992a: 73 y ss., y 2001: 164 y ss.). Esto significaría que la importancia de esta ocupación en la organización del trabajo agrario habría que medirla en relación con la población joven, y no con la de todas las edades. Sin embargo, la posibilidad de avanzar en esta dirección es muy limitada; el Catastro de Ensenada sólo ofrece indicaciones vagas acerca de la edad de los criados. Por su parte, aunque el Censo de Floridablanca recoge el número de los que había en cada comunidad rural, no les atribuye edad. Pese a ello, hemos decidido poner en relación el número de criados de 1787 con el de solteros que en esos momentos tenían entre 16 y 40 años. De este modo podremos hacernos al menos con un indicador estadístico que nos proporcione una idea de la importancia que llegaron a tener los criados rurales en la Galicia de finales del Antiguo Régimen. En el caso de las criadas, su número se ha deducido a partir de las relaciones de masculinidad expresadas en 1752 por los sirvientes en las distintas zonas del país gallego (Tabla 1). La conclusión es que los criados rurales gallegos habrían tenido un mayor peso del que en principio traduce su porcentaje al total de población: los criados censados en 1787 serían el 14-16% de los solteros y solteras que tenían entre 16 y 40 años.

Ahora sí parece justificado localizar y estudiar los mercados de trabajo de los criados rurales. Más aún cuando el cartografiado de los porcentajes de hogares con criados por parroquias en 1752 muestra la desigual presencia que el servicio tuvo en los diferentes puntos del territorio. No sería exagerado pensar entonces que en paralelo a dicha presencia funcionase en cada uno de ellos un mercado laboral en toda regla, cuya importancia puede ser evaluada a través de los porcentajes de criados respecto al total de población de cada comunidad. El empleo combinado de las variaciones de ambos porcentajes al alza o a la baja, ayudará a sacar a la luz aquellas comarcas en las que esta ocupación habría tenido una mayor trascendencia para las economías familiares.

El Mapa 1 nos advierte que en 1752 hubo en Galicia al menos dos grandes áreas geográficas con una presencia destacable de criados. La primera es la Galicia interior, donde un 22,5% de los hogares contaba con al menos un criado, ocupación a la que se dedicaba un 8% de la población. Pero había numerosas feligresías en las cuales estos porcentajes se superaban, como Santa María de Sabadelle (con un 29% de hogares con criados, el 9,1% de su población), Santa María de Baamorto (30% y 10,2% respectivamente) o Santa María de Tuiriz (31% y 12% respectivamente). En estas parroquias, como en otras de la zona, las cifras de criados se aproximaban a las de Inglaterra entre 1750 y 1821. Lo paradójico es que aquí el entramado socioproductivo no es comparable al inglés: el interior gallego era un territorio situado por encima de los 500 m de altitud, al término del Antiguo Régimen muy poco urbanizado. Lo prueba el hecho de que en él sólo hubiese dos enclaves urbanos: la ciudad de Lugo, una sede episcopal que con poco más de 4.000 habitantes en 1787 actuaba como centro de consumo frente a su *hinterland*; y la villa de Monforte de Lemos, que a pesar de contar con sólo 1.650 habitantes a finales del siglo XVIII, era el lugar de residencia de la elite social y sede de algunos de los más importantes conventos y monasterios del sur de la actual provincia de Lugo (Sobrado, 2001b; Dubert, 1992b). Dos urbes que vivían de la renta campesina, la cual

procedía de un mundo rural cuyas densidades de población apenas alcanzaban los 25 habitantes por km² en 1787, en parte debido al predominio de un poblamiento de pequeñas aldeas, aisladas entre sí a veces por varios kilómetros; y en parte por una agricultura basada en el cultivo del centeno con barbecho sobre explotaciones de 2,7 Ha de tamaño medio, la cual todo lo más proporcionaba una cosecha al año. Esto hacía imprescindible el aprovechamiento del monte (del que procedía hasta un 25% de la cosecha), el cuidado de la cabaña ganadera (29 cabezas por vecino de media), el ejercicio de una emigración estacional o temporal de ciclo corto a la vecina Castilla y, en menor medida, el desempeño de oficios complementarios (Sobrado, 2001a: 204 y ss.; Saavedra, 1979: 41 y ss.).

MAPA 1. PORCENTAJE DE HOGARES CON CRIADOS POR PARROQUIAS, 1752



No hay en este territorio un proceso de urbanización, industrialización o conformación de grandes explotaciones agrarias como el que acontecía en la Inglaterra de la época (Wrigley, 1992; Carmona, 1990; Dubert, 2001). A pesar de la relativa semejanza entre ambas regiones europeas en lo referido a los porcentajes de hogares con criados no se encuentra en Galicia una institución como los *servants in husbandry*, un tipo de criado que durante la Edad Moderna llegó a ocuparse de entre la mitad a un tercio de la agricultura inglesa, manteniendo después de 1750 una presencia destacada en el norte y oeste de Inglaterra; es decir, donde, por comparación a lo ocurrido en el sur y este del país, predominaba una economía agrícola atrasada, basada en las *farm servants*, o explotaciones con criados. Aun así, las lógicas de trabajo en las que estaba inmerso el campesinado del interior gallego durante la segunda mitad del siglo XVIII estaban bastante alejadas de las que imperaban en las *farm servants* (Orr, 1984: 30 y ss.; Kussmaul, 1981: 18 y ss.). Lo revela la naturaleza tardofeudal de su economía agrícola, el arcaísmo técnico de su agricultura, el bajo nivel de ocupación del suelo, la pequeña dimensión de las explotaciones o su acusada división, con una media de 40 parcelas (Sobrado, 2001a: 193 y ss.; Saavedra, 1979: 40 y ss.). Ante esto, es lógico que los mercados de trabajo de los criados de la Galicia interior, su articulación interna y funcionamiento, guarden escaso parecido con los de la Inglaterra rural. Muestra de ello es que entre 1571 y 1821 en Inglaterra las tres cuartas partes de esos hogares adoptaron una forma nuclear, mientras que en la Galicia interior sólo lo hacía el 57% del total, y un 33% de sus familias eran complejas.

El interior gallego se asemeja más a las comarcas cantábricas, de transición a la montaña y en la montaña misma, del sur de la actual provincia de Santander. Allí, donde las familias troncales superaban el 30% y los criados eran a mediados del siglo XVIII en torno al 8% de la población, la economía agrícola era de subsistencia, basada en el cultivo bienal del centeno, mientras que su principal protagonista, el pequeño campesino, completaba sus ingresos gracias a actividades ganaderas, a la venta de su trabajo y el de sus allegados como sirvientes, jornaleros o pastores, al aprovechamiento del monte o a la emigración estacional o temporal a Madrid; una agricultura de bajos rendimientos por hectárea, que para ser rentable exigía de la sobreacumulación del trabajo humano en las explotaciones (Lanza, 1988: 127 y ss., y 1991: 351 y ss.). Lo mismo sucedía en el tercio central del reino de Navarra, camino de las tierras altas, donde el porcentaje de familias complejas se situaba por encima del 30%, y los criados eran un 7-8% de la población. Se trataba, si exceptuamos la practicada en las zonas cercanas a Pamplona, de una agricultura de autoconsumo, en explotaciones familiares reducidas, con niveles técnicos que propiciaban bajos niveles de superficie agrícola cultivada, apoyada por la explotación de una amplia cabaña ganadera y con un destacado protagonismo de los pequeños campesinos, quienes, como en Galicia o Cantabria, se veían obligados a recurrir al arriendo de lotes de tierra y a las más variadas actividades auxiliares para asegurar la supervivencia de su hogar (Mikelarena, 1995: 58 y ss., y 244 y ss.).

TABLA 1. LOS CRIADOS EN LA GALICIA RURAL, 1752-1787

	Galicia 1752- 1787	Inglaterra 1750- 1821	GALICIA		
			Interior	Norte	Sudoeste
Hogares con criados (H y M) (%)	11,8	26,6	22,5	17,2	5,1
Criados al total de población (H y M) (%)	4,3	10,6	8,0	5,3	1,7
Hogares con 2 o más criados (H y M) (%)	31,9	64,7	38,1	28,9	23,0
Criadas (%)	57,0		55,0	51,0	69,0
Habitantes/Km²	44,0		28,0	44,0	90,0
Tamaño medio de las explotaciones en Ha.	1,6		2,7	1,5	1,1-1,6

H: hombres; M: mujeres

Fuente: Catastro de Ensenada, elaboración propia. Para Inglaterra, Wall 1979, p. 94.

La Galicia septentrional es la segunda de las zonas con una relativa abundancia de criados en su estructura de trabajo agrícola; aunque esa relativa abundancia es sólo de tres a cinco puntos inferior a la del interior gallego (Mapa 1), casi la mitad de la registrada en Inglaterra entre 1750 y 1821 (Tabla 1). De ahí que aquí apenas un 17% de los hogares tuviesen criados y que sólo un 5% de su población declarase esta ocupación. Por sí solas, ambas cifras no permiten una idea cabal del significado de esa reducción del número de criados de la zona respecto a la Galicia interior. Sería más ilustrativo el porcentaje de familias que emplearon a más de uno (Tabla 1). En la Inglaterra rural (con un 64,7% de hogares con dos o más criados hombres o mujeres), los mercados laborales de los criados estaban dotados de una articulación interna y de una complejidad relacionada con los factores productivos y socioeconómicos, que hacían posible una fuerte especialización de funciones. Frente a esto, en el interior de Galicia sólo el 38,1% de las familias mantenía a más de dos criados, lo que indica la relativa simplicidad de sus mercados de trabajo, más acentuada en la Galicia cantábrica, donde ese promedio se sitúa en un 22,9% del total (Tabla 1). Una simplicidad que, curiosamente, toma cuerpo en un mundo con densidades de población de 44 habitantes por km² en 1787, es decir, un 37% más altas que las del interior.

Con todo, sería erróneo establecer una relación causal y directa entre la mayor o menor sencillez de los mercados de trabajo de los criados y el número de habitantes de cada zona considerada. Proceder de este modo enmascararía alguna de las razones

que explican esa sencillez, por ejemplo el contexto socioproductivo imperante. La agricultura de la Galicia septentrional se diferenciaba de la del interior en que el tamaño medio de sus explotaciones era de 1,5 Ha. Una reducción de hasta un 44%, que se compensaba con un policultivo de subsistencia, posible merced a un sistema de rotaciones ternarias que garantizaba al menos tres cosechas cada dos años. Esto significa que el campesinado de esta zona desconocía el barbecho largo y había integrado la cabaña ganadera en la explotación (Saavedra, 1985: 145 y ss.). De aquí se deduce que en la Galicia de finales del Antiguo Régimen los mercados de trabajo de los criados tendieron a ser más sencillos allí donde la agricultura era más compleja, lo que solía ir acompañado de un menor tamaño de las explotaciones. Que esto no es una mera suposición lo indica lo acaecido en la Galicia sudoccidental, donde la dimensión media de las explotaciones oscilaba entre las 1,1 y las 1,6 Ha, mientras que las familias con criados fueron un 5,1% del total, en casi ocho de cada diez ocasiones, uno solo (Tabla 1) (Pérez García, 1979: 154 y ss.).

La existencia de distintas estructuras agrícolas en una misma zona es sólo parte de la explicación de la desigual importancia y articulación interna de los mercados laborales de los criados rurales gallegos. Al lado de la menor oferta de trabajo que había en un universo compuesto por pequeñas explotaciones campesinas, otro factor que contribuye a explicar la menor propensión de los jóvenes de la Galicia septentrional a trabajar como criados es la paulatina extensión de ocupaciones alternativas o complementarias, a medida que se perdía el impulso productivo que en su día había originado la introducción del maíz en la zona. A partir de 1730-1750, el hilado, el tejido y la comercialización de lienzos se convirtieron en una importante fuente de ingresos para muchos hogares campesinos de la Galicia cantábrica. Las tradicionales emigraciones estacionales de segadores a Castilla fueron aprovechadas para distribuir el producto, incrementando de este modo los ingresos que estos desplazamientos proporcionaban a los emigrantes y sus familias (Saavedra, 1985: 154 y ss., y 1996: 275 y ss., y 306 y ss.). Ciertamente que el trabajo textil se ejercía de manera temporal, entre dos y cuatro meses al año, pero las ganancias que reportaban eran un 10% superiores a las que los oficiales del Catastro atribuían a los dedicados en exclusiva a la labranza (Artiaga, 1998: 312 y ss.). Otro elemento que actuó como alternativa al empleo como criado fue la relativa urbanización de esta parte del territorio gallego. Ocho de las 22 villas y ciudades que había en el país se localizaban en su vertiente septentrional, algunas de ellas, como Ferrol o A Coruña (con 24.993 y 13.575 habitantes respectivamente en 1787), inmersas en estos momentos en un proceso de expansión industrial y comercial, que estimulaba la inmigración de gentes venidas de las comarcas rurales. Este desarrollo urbano constituía una dura competencia para las expectativas de futuro que el trabajo en el campo ofrecía a los potenciales criados (Martín, 2001: 200 y ss.; Dubert, 2001: 75 y ss.).

Claves parecidas permiten explicar la escasa relevancia de los criados en la Galicia sudoccidental (Mapa 1). Aquí, la respuesta al cierre del proceso de constitución de nuevas explotaciones agrícolas a partir de 1690, a la llegada a su techo productivo hacia la década de 1730 y el consiguiente endurecimiento de las condiciones materiales de vida en los años venideros, en un área que superaba los 90 habitantes por km² en 1787, pasó por la emigración temporal, sobre todo de varones, y por una intensa pluriac-

tividad, posible gracias a los flujos comerciales que durante la segunda mitad del siglo XVIII convergían y partían del sur y suroeste gallego, así como a la complementariedad y especialización económica de las comarcas sureñas. De la importancia de esta pluriactividad para las economías campesinas de la zona da idea el hecho de que los ingresos diarios de los hogares en los que uno de sus miembros se dedicaba a tiempo parcial a la carpintería o al tejido del lino podían ser un 10 a un 12% más altos que los de aquellos que sólo vivían de la explotación directa de la tierra (Artiaga, 1998: 325 y ss.; Carmona, 1990: 80 y ss.). Asimismo, contribuía a frenar el empleo de jóvenes como criados la elevada concentración de villas y ciudades en esta zona, algunas de las cuales, como el puerto de Vigo o Pontevedra, atravesaron a partir de 1760 una fase de expansión económica que benefició a los habitantes de su *hinterland* y alentó una intensificación de las actividades complementarias entre el pequeño campesinado, en detrimento de la ocupación de criado.

3. ESTRUCTURA SOCIAL Y DEMANDA DE CRIADOS

La consideración de la pluriactividad campesina, de la emigración estacional y temporal y del papel jugado por los enclaves urbanos a la hora de establecer la localización, importancia y articulación interna de los mercados de trabajo de los criados rurales, nos previene contra la tentación de estudiar la abundancia o escasez de esta mano de obra en función de las oportunidades laborales que ofrecían las distintas estructuras agrícolas. Sin embargo, éste ha sido el *modus operandi* de buena parte de los historiadores de la familia, geógrafos históricos y demógrafos europeos en los últimos veinte años (Devine, 1984: 9 y ss.; Hinde, 1988: 544 y ss.; Mitterauer, 1992: 149 y ss.; Mikelarena, 1995: 41 y 296 y ss.). Unos y otros han tratado de explicar la desigual presencia de los criados sobre el territorio, su disminución y su feminización a través de los cambios operados en la organización del trabajo agrícola. En unos casos, dicho *modus operandi* se basó en el estudio de las economías campesinas que recurrían a esta mano de obra. En otros, en la asociación de esa desigual presencia de los criados en el espacio y el uso que las economías campesinas hacían de ellos. Sea como fuere, se partía siempre del supuesto de que los criados eran abundantes aquí o allá porque las circunstancias económicas o familiares de éste o aquel ámbito geográfico favorecían su aparición, pero sobre todo porque estas circunstancias permitían a los campesinos disponer de ellos. El problema es saber si lo hicieron o no, o mejor aun, en qué medida lo hicieron.

Desde un punto de vista social el servicio del Antiguo Régimen, rural o no, se caracterizaba por estar desigualmente repartido. Es decir, por ser un lujo, una forma de ostentación, una manifestación de la riqueza y el poder de las clases dominantes (Laslett, 1988: 352). Si esto fue así, su distinta presencia en las distintas zonas consideradas no puede explicarse sin tener en cuenta a la totalidad de los criados que había en ellas. Hasta ahora el funcionamiento del mercado de los criados rurales se ha deducido a partir de lo ocurrido al segmento del campesinado que estaba en condiciones de contratar criados. Pero en el campo hubo otros sectores sociales que también empleaban criados, y no siempre por las mismas razones o con los mismos fines que los labradores. Esto significa que las diferentes fórmulas de trabajo agrícola, en contextos que incluían

el diferente papel jugado por la pluriactividad campesina, las emigraciones o la presencia de villas y ciudades, serían sólo una parte de la explicación de la desigual presencia de los criados en las distintas áreas geográficas de Galicia a finales del Antiguo Régimen (Mapa 1). Para completarla habría que averiguar la intensidad con la que aparecieron los criados en los restantes grupos de la sociedad rural, en los distintos puntos del territorio.

A mediados del siglo XVIII un 73,6% de los hogares rurales gallegos estaba encabezado por individuos catastrados como labradores (Tabla 2). Es lógico pues que en términos absolutos en ellos se concentren al menos dos de cada tres criados. Aunque es mucho más relevante que los hogares dirigidos por un clérigo o un hidalgo (el 2,1% y el 2,3% del total respectivamente) agrupen al 13,2% y al 9,9% de todos los criados, lo que pone de manifiesto la estrecha relación que la elite estableció con los criados. Una relación que se evidencia con mayor claridad en términos relativos, es decir, a través de la presencia de criados en los hogares de cada categoría socioprofesional, lo que por otra parte permite estudiarlos en su ámbito de trabajo. En la cúspide de la pirámide social, el 75,2% de los hogares encabezados por un clérigo (el 2,1% del total) contaban con criados, y en el 68,1% de ellos trabajaban dos o más; criados que en el 58,7% de los casos eran mujeres. Estos hogares eran pequeños, constituidos por apenas cuatro personas, de las que al menos dos habían sido contratadas para atender las necesidades de la casa y el patrimonio de la parroquia. Seguía la hidalguía, cuyos integrantes encabezaban el 2,3% de las familias catastradas, teniendo criados el 50,9% de ellas, en el 65,1% de los casos dos o más. No obstante, esos criados no explican las dimensiones de los hogares de esta pequeña nobleza provincial (6,6 individuos/hogar): eran sólo el 22,6% de los miembros de dichos hogares, y sin ellos éstos continúan siendo por término medio un 20% más amplios que los de las restantes categorías socioprofesionales. Es además un servicio compuesto a partes iguales por hombres y mujeres, en consecuencia más especializado que el del clero (aparecen mayordomos, pajes, camareras, criados de casa, criadas de cocina, etc.).

Entre el 12 y el 17% de los cabezas de familia ocupados en la administración y el comercio (2,1% de los hogares) y en «otras profesiones» (1,2% de los hogares) tenían criados, siendo éstos mujeres en dos de cada tres ocasiones. Estas cifras son muy similares al porcentaje de labradores con criados: el 10,6, lo que muestra la escasa capacidad de éstos para contratar esta mano de obra, pese a que en números absolutos empleasen a dos tercios de todos los criados encuestados (Tabla 2). Esto contrasta con el hecho de que el 23% de los criados gallegos se concentrase en poco más del 4% de hogares del clero y la hidalguía, e indica que en la Galicia rural los criados se distribuían en función de las posibilidades que otorgaba el desigual reparto y disfrute de la propiedad y la renta de la tierra; de ahí que su presencia relativa fuese mayor en sectores que, teniendo una mayor potencialidad socioeconómica, eran muy minoritarios. Y al contrario, dicha presencia tendió a ser más débil entre aquellos grupos que, siendo mayoritarios, ocupaban una posición dependiente de las elites, en un juego de relaciones sociales de naturaleza tardofeudal. No ha de extrañar que ese 10,6% de familias campesinas con criados se corresponda a grandes rasgos con el 11% de labradores que en las zonas

litorales de la Galicia occidental controlaban el 37,4% del suelo cultivado, o con el 13-15% de los que en la Galicia interior poseían hasta un 46,5% del suelo. En uno u otro caso, gentes con explotaciones agrícolas que superaban las 4 hectáreas de media, cuya capacidad productiva cubría con creces las necesidades básicas del hogar y les permitía desviar una parte de la cosecha y el ganado hacia las numerosas ferias y mercados que se celebraban en sus comarcas (Saavedra y Villares, 1985: 454 y ss.). En suma, eran la elite del campesinado, pese a que ese 10,6% de familias estuviesen atendidas en el 79,3% de los casos por un solo criado, mujer en el 60% de los casos.

TABLA 2. PRESENCIA DE CRIADOS EN LA GALICIA RURAL, 1752

	A	B	C	D	E	F
Hidalguía	2,3	50,9	9,9	22,6	65,1	50,1
Clero	2,1	75,2	13,2	48,0	68,1	58,7
Labradores	73,6	10,6	65,8	2,7	20,7	59,6
Artesanos y asalariados	5,0	8,2	3,4	3,1	16,1	61,6
Administración y comercio	2,1	16,7	2,9	7,6	41,2	59,6
Otras profesiones	1,2	11,9	1,2	5,6	34,4	58,0
Mujeres sin profesión	13,8	3,1	3,6	0,7	19,4	60,3
Total	100,0	11,8	100,0	4,3	31,9	57,3
Nº casos	22.926		4.476			

A.- Porcentaje de cabezas de familia en cada categoría socioprofesional; B.- Porcentaje de hogares con criados; C.- Distribución del total de criados; D.- Porcentaje de criados respecto al total del individuos presentes en los hogares; E.- Porcentaje de hogares con 2 o más criados; F.- Porcentaje de criadas.

Fuente: Catastro de Ensenada, elaboración propia.

El relativo predominio femenino entre los criados de los labradores matiza la idea de que su contratación dependía de las necesidades de trabajo de sus explotaciones, como en otros países europeos (Lee, 1990: 54; Simonton, 1998: 32 y ss.). Basta con atender al carácter de la agricultura gallega, cuyo objetivo inmediato no era producir para el mercado. Su funcionamiento no exigía una demanda continuada de mano de obra, puesto que la mayor parte de la carga de trabajo agrícola era asumida por los miembros de la familia. Cuando ésta era excesiva se acudía al concurso de vecinos, amigos o

parientes, mediante un sistema de entreayudas que garantizaba la cohesión social de las comunidades rurales (Iturra, 1988: 75 y ss.; Cardesín, 1992: 135 y ss.). La presencia de criados en las familias de los labradores habría servido en dos de cada tres ocasiones para que la mano de obra familiar se concentrara en labores que incrementaban la rentabilidad de la explotación. Algo que era posible si las criadas asumían el cuidado de la casa, del huerto, de los animales, etc.

Quizás lo más destacable de la presencia de criados en los hogares de mediados del siglo XVIII sea su propensión a agruparse alrededor de los sectores de elite de cada categoría profesional, y la existencia de un mercado que se hace más complejo y vertebado a medida que vamos hacia la cúspide de la pirámide social. Pero el mercado de los criados rurales tenía una importancia muy desigual en las distintas zonas de Galicia (Mapa 1), porque la demanda de criados era distinta por parte de las distintas categorías socioprofesionales y éstas se distribuían desigualmente por el territorio. Lo demuestra la Tabla 3, que ayuda además a establecer qué otros factores habrían influido sobre la distribución regional de los criados rurales. Más allá, por tanto, del tradicional argumento que pretende explicar su funcionamiento por el predominio de una determinada estructura de trabajo agrícola.

TABLA 3. LOS CRIADOS RURALES EN LA GALICIA INTERIOR, 1752

	A	B	C	D	E
Hidalguía	7,1	55,1	30,2	71,2	47,9
Clero	3,1	75,8	15,5	81,3	58,2
Labradores	75,7	19,8	48,1	24,6	58,1
Artesanos y Asalariados	3,4	22,2	2,0	12,5	51,8
Administración y Comercio	1,4	29,5	1,8	38,5	56,0
Otras Profesiones	0,8	7,7	0,1	50,0	33,3
Mujeres sin profesión	8,5	8,3	2,3	17,4	48,3
Total	100,0	23,2	100,0	37,8	55,0
Nº casos	3.215		1.372		

A.- Porcentaje de cabezas de familia en cada categoría socioprofesional; B.- Porcentaje de hogares con sirvientes; C.- Distribución del total de sirvientes; D.- Porcentaje de hogares con 2 o más sirvientes; E.- Porcentaje de criadas.

Fuente: Catastro de Ensenada, elaboración propia.

Al término del Antiguo Régimen, en el interior gallego la hidalguía y el clero secular eran los principales empleadores de criados. Uno de cada diez hogares pertenecía a esta elite rural, que proporcionaba ocupación al 45,7% de los criados. Los labradores (el 75,7% de las familias), empleaban al 48,1% de los criados. La comparación con el conjunto de la Galicia rural revela que la diferente composición de la estructura social en los distintos puntos del territorio contribuye a explicar la desigual importancia de la contratación de criados. Esto significa que habría que considerarla uno de los factores que explican la segmentación de sus mercados laborales, junto a la pluriactividad campesina, la emigración o la presencia de ciudades y villas. Por ejemplo, el 47% de las familias hidalgas de Galicia vivía en feligresías rurales del interior, donde también lo hacía uno de cada cinco hogares encabezados por un eclesiástico. La Tabla 4 muestra la estrecha relación entre zonas con relativa abundancia de criados, peso de los hogares de la elite rural, escasa relevancia del mundo urbano y de ocupaciones no agrícolas, y viceversa. Unas posibilidades que hemos calculado a través del porcentaje de mujeres que «vivían de sobre si», es decir, que eran capaces de mantenerse al frente de un hogar, sin que por ello los oficiales del Catastro les reconociesen una profesión a partir de la cual estimar su ganancia diaria. La aparición de estas mujeres en el interior gallego como cabezas de casa estuvo condicionada por el patriarcalismo implícito en el empleo que hacían sus miembros de un sistema sucesorio no igualitario con el que buscaban garantizar tanto su preeminencia social como la de sus familias. Pero, al margen de cualquier consideración hereditaria, su protagonismo en la Galicia sudoccidental estuvo en relación con su capacidad para sostenerse gracias al desempeño de ocupaciones no agrícolas (Artiaga, 1998: 325 y ss.; Carmona, 1990: 30 y ss.).

TABLA 4. LOS CRIADOS SEGÚN LA ESTRUCTURA SOCIAL DE LA GALICIA RURAL, 1752-1787

	A	B	C	D	E	F	G
Sudoeste gallego	1,7	0,4	1,5	64,8	24,6	6	86
Interior gallego	8,0	7,1	3,1	75,7	8,5	2	96
Galicia	4,3	2,3	2,1	73,6	13,8	25	91

A.- Porcentaje de población en el servicio doméstico al total de habitantes. B.- Porcentaje de hogares encabezados por la hidalguía rural. C.- Porcentaje de hogares encabezados por el clero secular. D.- Porcentaje de hogares encabezados por labradores. E.- Porcentaje de hogares encabezados por mujeres sin profesión definida. F.- Número de enclaves urbanos en la zona. G.- Relación de masculinidad general en 1787.

Fuente: Catastro de Ensenada y Censo de Floridablanca, elaboración propia.

Atendiendo al origen social de los criados de la Galicia interior y a que casi uno de cada dos servía en casa de un miembro de la elite, parece que se producía una circulación de jóvenes de ambos sexos desde los sectores más deprimidos hacia los mejor situados de la sociedad rural. Un fenómeno que, como en otros lugares del norte peninsular, habría involucrado a buena parte de ese 8% de la población que trabajaba como criados en la segunda mitad del siglo XVIII (Mikelarena, 1995: 269). Partiendo de la base de la pirámide social, este flujo de gentes llegaría, por un lado, a los hogares de los grupos que vivían de rentas, como el clero y la hidalguía, y por otro a los de la elite del campesinado, que se beneficiaba del desigual reparto de la propiedad de la tierra: menos del 15% de labradores monopolizaba el uso y disfrute del 46,5% del suelo cultivable, cuyo control se aseguraban mediante fórmulas hereditarias no igualitarias.

4. CONCLUSIÓN

Las necesidades de trabajo de los pazos hidalgos, de las casas rectorales y de las tierras de labor del clero secular explican la demanda en los niveles superiores del mercado de trabajo de los criados. Los inferiores dependían de la demanda de trabajo de las economías campesinas vinculadas a las distintas estructuras agrícola-ganaderas de Galicia. Sin embargo, como se ha mostrado, estas estructuras no explican por sí solas la desigual relevancia y articulación interna de este mercado de trabajo en las distintas zonas de Galicia. Sólo atendiendo a las circunstancias que hicieron posible la conversión del clero y la hidalguía en estamentos privilegiados de la sociedad rural de la Galicia interior (Villares 1982: 98 y ss.), y a factores ecológicos y económicos, se podrá explicar la geografía del mercado de trabajo de los criados rurales gallegos. Desde esta base esperamos profundizar en futuros trabajos en la naturaleza de sus tareas, sus niveles salariales, su jerarquía o el carácter que aquí asumió el tan traído y llevado *life-cycle servant*.

AGRADECIMIENTOS

Esta investigación se ha realizado gracias a la ayuda otorgada por la European Commision Directorate Research al Proyecto de Investigación Europeo The Socio-Economic Role of Domestic Service as a Factor of European Identity. Asimismo ha contado con la ayuda de la Xunta de Galicia, Secretaría Xeral de Investigación e Desenvolvemento, al Proyecto de Investigación Servicio doméstico e mercados de trabajo na Galicia de fins do Antigo Réxime (PGIDIT02PXIA21001PR). Agradezco a los evaluadores anónimos de Historia Agraria sus sugerencias y críticas.

REFERENCIAS

- ARTIAGA, A. (1998): «Labradores, gandeiros, artesáns e traficantes. Unha aproximación ás actividades productivas da poboación rural en Galicia, 1750-1900», en TORRES, M. P. et al. (coords.), *Espacios rurales e sociedades campesiñas*, Santiago, pp. 307-342.

- BARREIRO, B. (1977): *La jurisdicción del Xallas en el siglo XVIII. Población, Sociedad y Economía*, Santiago.
- BERKNER, L. K. (1977): «The Stem Family and the developmental Cycle of the Peasant Household: an Eighteenth-Century example», *The American Historical Review*, 77, 2, pp. 398-419.
- CARDESÍN, J. M. (1992): *Tierra, trabajo y reproducción social en una aldea gallega, siglos XVIII-XIX: muerte de unos, vida de otros*, Madrid.
- CARMONA, J. (1990): *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles, 1750-1900*, Barcelona.
- CHACÓN, F. (dir.) (1992): *La población española en 1787. Congreso Histórico Nacional: II Centenario del Censo de Floridablanca*, Madrid.
- DEVINE, T. M. (dir.) (1984): «Scottish farm-system in the Agricultural Revolution», en T.M. DEVINE (ed.), *Farms, servants and labour in Lowland Scotland, 1770-1914*, John Donald Publishers LTD, Edimburgo, pp. 1-11.
- DUBERT, I. (1992a): *Historia de la Familia en Galicia durante la Época Moderna, 1550-1830. Estructura, modelos hereditarios y conflictividad*, A Coruña.
- DUBERT, I. (1992b): «El fenómeno urbano en la Galicia interior. Características económicas y demográficas del ámbito semiurbano, 1571-1850», *Obradoiro de Historia Moderna*, 1, pp. 13-45.
- DUBERT, I. (2001): *Del campo a la ciudad. Migraciones, Familia y Espacio Urbano en la historia de Galicia, 1708-1924*, Vigo.
- HINDE, P. R. H. (1988): «L'influenza del servizio rurale domestico sulla demografia inglese, 1850-1914», *Quaderni Storici*, 2, pp. 541-573.
- ITURRA, R. (1988): *Antropología económica de la Galicia rural*, Santiago.
- KNOTTER, A. (1994): «Problems of the Family Economy: Peasant Economy, domestic production and Labour Markets in Preindustrial Europe», *Economic and Social History in the Netherlands*, 6, pp. 19-61.
- KUSSMAUL, A. (1981): *Servants in husbandry in Early Modern England*, Cambridge.
- LANZA, R. (1988): *Población y familia campesina en el Antiguo Régimen. Liébana, Siglos XVI-XX*, Santander.
- LANZA, R. (1991): *La población y el crecimiento económico de Cantabria en el Antiguo Régimen*, Madrid.
- LASLETT, P. (1988): «Servi e servizio nella struttura sociale europea», *Quaderni Storici*, 68, 2, pp. 345-354.
- LEE, W. R. (1990): «Women's Work and the Family: some Demographic Implication of Gender-Specific Rural Work Patterns in the XIXth Century Germany», en HUDSON, P. y LEE, W. R. (ed.), *Women's Work and the Family Economy in historical perspective*, Manchester, pp. 50-76.
- MARTÍN, A. (2001): «El Ferrol y su tierra durante el Antiguo Régimen. Un estudio sobre su población y sociedad», *Obradoiro de Historia Moderna*, 10, pp. 197-223.
- MIKELARENA, F. (1995): *Demografía y familia en la Navarra tradicional*, Pamplona.
- MITTERAUER, M. (1992): «Peasant and non-peasant family forms in relation to the physical environment and the local economy», *Journal of Family History*, 17, 2, pp. 139-152.
- MOLIN, G. DA (1990): «Family Forms and Domestic Service in Southern Italy from the Seventeenth to the Nineteenth Centuries», *Journal of Family History*, 15, 4, pp. 503-527.

- MOURICEAU, J. M. (1994): *Les fermiers de l'Île de France, xve-xviii siècle*, París.
- ORR, A. (1984): «Farm Servants and Farm Labour in the Forth Valley and South-East Lowlands», en DEVINE, T. M. (ed.), *Farms Servants and Labour in Lowland Scotland, 1770-1914*, Edimburgo, pp. 29-55.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (1979): *Un modelo de sociedad rural de Antiguo Régimen en la Galicia costera*, Santiago.
- REY CASTELAO, O. (1994): «Migraciones internas y médium-distance en Galicia, siglos XVI-XIX», en EIRAS ROEL, A. y REY CASTELAO, O. *Migraciones internas y médium-distance en la Península Ibérica, 1500-1900*, Santiago de Compostela, vol. II, pp. 85-131.
- SAAVEDRA, P. (1979): *Economía rural en la Antigua Montaña lucense. El concejo del Burón*, Santiago.
- SAAVEDRA, P. (1985): *Economía, Política y Sociedad en Galicia: La Provincia de Mondoñedo, 1480-1830*, Madrid.
- SAAVEDRA, P. (1996): *Das casas de morada ao monte comunal*, Santiago.
- SAAVEDRA, P. y VILLARES, R. (1985): «Galicia en el Antiguo Régimen: la fortaleza de una sociedad tradicional», en FERNÁNDEZ, R. et alii (eds.), *España en el siglo XVIII: homenaje a Pierre Vilar*, Barcelona, pp. 434-505.
- SARASÚA, C. (1996): «Rentas salariales y explotación familiar: el trabajo en el servicio doméstico de las campesinas del Valle del Pas (Cantabria) en el siglo XIX», en FERNÁNDEZ PRIETO, L. et alii, *La sociedad rural en la España Contemporánea. Mercado y Patrimonio*, A Coruña, pp. 13-33.
- SIMONTON, D. (1998): *A History of European Women's Work, 1700 to the Present*, Londres-New York.
- SOBRADO, H. (2001a): *La Tierra de Lugo en la Edad Moderna. Economía campesina, Familia y Herencia, 1500-1860*, A Coruña.
- SOBRADO, H. (2001b): *La ciudad de Lugo en el Antiguo Régimen, siglos XVI-XIX*, Lugo.
- VILAR, P. (1987): *Cataluña en la España Moderna*, Barcelona, vol. 2.
- VILLARES, R. (1982): *La propiedad de la tierra en Galicia, 1560-1936*, Madrid.
- WALL, R. (1979): «Regional and Temporal Variations in English Household Structure from 1650», en HOBcraft, J. y REES, PH. (eds.): *Regional Demographic Development*, Londres, pp. 89-117.
- WRIGLEY, E. A. (1992): *Gentes, ciudades y riqueza. La transformación de la sociedad tradicional*, Barcelona.